

ANTONIO MACHADO
CAMPOS
DE CASTILLA



FACSÍMIL 1999

ANTONIO MACHADO
CAMPOS
DE CASTILLA



Presentación

JOSÉ MARÍA MARTÍN DELGADO



Introducción

ANTONIO CHICHARRO



UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA

Sede Antonio Machado de Baeza

INTRODUCCIÓN



DE LOS PRIMEROS
CAMPOS POÉTICOS
DE
ANTONIO MACHADO



ANTONIO CHICHARRO

Pero el espíritu y la honda verdad poética de Machado están ya en esa primera edición, tan sobria y sencilla.

JOSÉ LUIS CANO

Los críticos solemos hablar muchas veces, con excesiva ligereza, de libros imprescindibles y de poetas insoslayables cuando nos ocupamos de uno u otro libro de poesía o de uno u otro poeta. Hay razones de muy variada índole, espurias muchas de ellas, que tanto justifican los excesos valorativos como obstaculizan una mínima comprensión realista del funcionamiento de la vida e institución literaria en nuestro país. Ahora bien, en el caso de Antonio Machado, independientemente de actitudes hagiográficas, de excesos mitificadores, de entusiasmos esencialistas o civiles y de, racionalizadas o no, devociones lectoras, hemos de aceptar que se trata de una pieza angular del edificio de la poesía española del siglo que ahora acaba. En este sentido, poca discusión tiene la afirmación de que Antonio Machado resulta ciertamente un poeta insoslayable. Más discusión¹ ha tenido, sin embargo, la consideración de que su libro Campos de Castilla constituya un poemario imprescindible para comprender y valorar la cultura literaria española de la modernidad finisecular y sus efectos e influencias posteriores. Sin embargo, si se juzga este libro más por lo que ha hecho que por lo que de él ha dicho su autor, esto es, si nos atenemos más a su funcionamiento que a la intenciones y expectativas autoriales, podremos afir-

¹ Las discusiones afectan a la existencia misma del libro, debido a que Antonio Machado elimina el título de *Campos de Castilla* a la hora de ordenar sus poemas y organizar y nombrar las respectivas secciones para la primera edición de sus *Poesías completas* (1899-1917) (Madrid, Residencia de Estudiantes, 1917). En dicha ocasión, el poeta esta-

mar sin riesgo de equivocarnos gravemente que Campos de Castilla es, desde el coherente brote de su primera edición al precipitado a simple vista heterogéneo de los poemas añadidos en las siguientes versiones, un libro imprescindible, además de un libro bien recibido y justamente valorado por muy cualificados lectores y críticos ya en 1912², lo que llegó a insuflarle fuerzas al poeta para resistir las tentaciones de suicidio que rondaron por

blece una numeración en cifras romanas para todos los poemas, que en su base se ha venido manteniendo, y da título a las distintas secciones: «SOLEDADES», «DEL CAMINO», «CANCIONES Y COPLAS», «HUMORISMOS, FANTASÍAS, APUNTES», «GALERÍAS», «VARIA» Y «ELOGIOS». Los poemas correspondientes a la primera edición de *Campos de Castilla*, más los añadidos para la ocasión, se corresponden a los amparados por las secciones «VARIA» y «ELOGIOS». A partir de la segunda edición de sus *Poetas completas (1899-1925)* (Madrid, Espasa-Calpe, 1928), Antonio Machado recupera el título de *Campos de Castilla* añadiéndole entre paréntesis los años que abarcan el arco temporal de ese poemario-sección, esto es, 1907-1917, e incorporándole internamente la sección «ELOGIOS». Si a esta circunstancia no menor, que algunos críticos como Oreste Macrí han tratado de disculpar y otros de valorar con mayor tino —puede verse lo afirmado al respecto por Antonio Ramos Gascón en la introducción a la edición del libro que nos ocupa (Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 31-32) o lo escrito por Fernández Ferrer en *Campos de Castilla. Antonio Machado* (Barcelona, Laia, 1982, pp. 33-38)—, le añadimos, tomadas al pie de la letra, ciertas afirmaciones epistolares del propio poeta al considerarlo un libro «intermedio», una «obra esbozada» e incluso un «librito» cuando le habla de él a Juan Ramón Jiménez y a Miguel de Unamuno —Rafael Ferreras se refiere a ello en su buena edición de *Campos de Castilla* (Madrid, Taurus, 1970), a cuyo estudio previo remito—, tenemos dados los elementos de la discusión. En cualquier caso, independientemente de que, para su autor, constituyera un libro *in fieri*, adelante de otro de mayor vuelo, o un precipitado de poemas a simple vista heterogéneos, lo que se explica con los poemas añadidos en 1917, poemas de tema no castellano, eso no elimina la radical novedad del mismo, la unidad temática de la primera edición ni su fuerte impacto en lectores de muy alta valía como Unamuno, Azorín, Ortega y Gasset, etc.

² Especialmente queridas le resultaron las críticas de Unamuno en una carta, de Azorín en ABC y de Ortega y Gasset en *Los Lunes del Imparcial*. Precisamente, éste último manifestaría abiertamente sus preferencias por la poesía de Antonio Machado frente a la de su hermano Manuel por tratarse de una poesía «más casta, densa y simbólica», añadiendo a continuación un juicio crítico acerca de *Campos de Castilla* en los si-

su cabeza al morir su joven esposa a primeros de agosto de aquel año, según le cuenta a su amigo Juan Ramón Jiménez en una carta y es de todos conocido. Campos de Castilla vino a ser, pues, un renovador libro de madurez, cuyo modo de escritura poética de perfil realista y cuidada sencillez expresiva que no abusa de metáforas y cuyo diálogo en clave estética e histórica con un humanizado mundo natural y paisajístico inmediato, elcastellano —repárese en el título mismo—, supusieron la consolidación de la poética machadiana de la palabra esencial en el tiempo, poética que pretende aunar lo lírico y lo épico, proyectándose regeneradoramente sobre su propio medio social. José Luis Cano ya se refirió a este poemario como el libro capital de Antonio Machado en la introducción a la edición del mismo y Fernando Lázaro supo ver en su día la importancia de este libro al afirmar de él lo siguiente: «Está en plena madurez creadora, y, en 1912, aparece su segundo libro Campos de Castilla de tonalidad bien distinta, aunque presagiada en su hermoso poema de Soledades, el titulado "Orillas del Duero" (...) Si, en Soledades se trataba de escribir autobiografía sin anécdota, ahora se trata de cantar a Castilla trascendiendo los modos descriptivos del realismo, convirtiendo paisajes, gentes e historia, también en vibraciones espirituales que muten lo real en esencial. La técnica impresionista domina ahora sobre la simbólica de Soledades y hasta se atreve a dar el paso del impresionismo hasta los bordes mismos del objetivismo naturalista en el soberbio romance de Alvargonzález»³. En consecuencia, se tra-

güentes términos: «El cuerpo estético es todo músculo y nervio, todo sinceridad y justicia, hasta el punto que pensamos si no será lo más fuerte que se ha compuesto muchos años hace sobre los Campos de Castilla» (José Ortega y Gasset, «Los versos de Antonio Machado», *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1946-1947, tomo I, p. 570).

³ Fernando Lázaro, «El último Machado», en *Curso en Homenaje a Antonio Machado*,

ta de un libro imprescindible, a pesar de haber mantenido durante décadas una vida editorial e institucional bastante limitada y a la postre un poco extraña. En este sentido, baste saber que, publicado en 1912 por la editorial Renacimiento de Madrid, Campos de Castilla nunca volvió a ver la luz exento hasta 1949, en incompleta edición post mortem de la madrileña editorial Afrodísio Aguado⁴, para luego reaparecer, generalmente bien guiado, de la mano de José Luis Cano en Anaya (1964), de la de Rafael Ferreres en Taurus (1970) y así sucesiva y regularmente hasta hoy de la mano de la editorial Cátedra (edición de José Luis Cano y, a partir de 1989, de Geoffrey Ribbans) o de Biblioteca Nueva, en 1998, con introducción de Antonio Ramos Gascón, etc. Pero no acaba aquí su vida editorial, pues cuando Antonio Machado vuelve a editar los poemas de Campos de Castilla, a partir de 1917, lo hace poniéndolos a la sombra de unas poesías completas y de unas poesías escogidas, añadiéndoles el peso de unos poemas, hermosísimos por otra parte, cuyo referente andaluz⁵ contradice en principio el título

Salamanca, Curso Superior de Filología Hispánica, 1975, p. 122. En relación con el poema «Orillas del Duero» a que se refiere Lázaro Carreter en su cita, puede verse mi trabajo «Sobre el sentido histórico de la poesía de Antonio Machado (Notas a propósito de «Orillas del Duero»)», en *Antonio Machado, hoy. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del Cincuentenario de la Muerte de Antonio Machado*, Sevilla, Alfar, 1990, tomo IV, pp. 285-298.

⁴ La edición es incompleta con respecto a la versión de *Campos de Castilla* incluida por el poeta a partir de la segunda edición de sus *Poesías completas* (Madrid, Espasa-Calpe, 1928), base de las restantes ediciones, pues el editor elimina la sección «Elogios», sección que ya figuraba en la primera edición de 1912 con dos poemas, los dedicados a Unamuno y a Juan Ramón Jiménez por su libro *Arias tristes*, y que en 1928 se nutre con poemas dedicados a Giner de los Ríos, a Ortega y Gasset, a Xavier Valcarce, de nuevo a Juan Ramón Jiménez, a Azorín, a Rubén Darío, a Narciso Alonso Cortés, amén del poema «Mis poetas» y de «Una España joven» y «España, en paz».

⁵ Para el período poético baetano del poeta, puede consultarse mi edición *Antonio*

mismo del poemario, si bien es cierto que tales poemas se unifican con los primeros en ser consecuencia de una análoga proyección y diálogo con el paisaje (andaluz ahora), en la meditación histórica, en el resultado final de la ecuación que Machado establecía a propósito de Castilla=España (Andalucía=España), intensificando la temática y crítica de la vida provinciana y del tradicionalismo español, en la gravedad sentenciosa de muchos poemas breves, además de en otros aspectos. Quiere todo esto decir que Campos de Castilla, al menos en su primera edición y a pesar de su radical importancia, es un libro semioculto por no decir desconocido para la generalidad de los lectores, constituyendo ésta una de las razones que nos animan a recuperarlo facsimilarmente por primera vez desde su publicación, con el propósito último de restituir a quienes estuvieren interesados la primera y olvidada versión del mismo, la materialmente sencilla edición primera que tanto bien le hizo al poeta al ver que su palabra no sólo era algo sino que al mismo tiempo servía para algo, reafirmandose así en la vida y en la misión que como poeta debía cumplir en una España yerma, un trozo de planeta donde todo estaba por hacer⁶, según famosa confesión epistolar hecha a Juan Ramón Jiménez. En este sentido, aunque sólo fuera por eso —fue mucho más—, Campos de Castilla es un libro poco común,

Machado y Baeza a través de la crítica, Granada, Universidad de Granada, 1992.

⁶ Antonio Machado expone su clarividente idea de patria vinculada al trabajo y al progreso, lo que permite comprender su honda crítica de la pobreza y austeridad paisajística de Castilla, en su artículo «Nuestro patriotismo y la marcha de Cádiz», publicado precisamente en Soria (*La Prensa de Soria*, 2 de mayo de 1908, recogido inicialmente por Aurora de Albornoz en su edición de la prosa de Antonio Machado, *Antología de su prosa. I. Cultura y sociedad*, Madrid, Edicusa, 1972) donde el poeta se descuelga con la siguiente reflexión: «Sabemos que la patria no es una finca heredada de nuestros abuelos, buena no más para ser defendida a la hora de la invasión extranjera. Sabemos que la patria es algo que se hace constantemente y se conserva sólo por la cultura y el trabajo. El pueblo que la

capital y, en consecuencia, imprescindible.

Por otra parte, dada la importante atención crítica que Antonio Machado ha venido despertando desde su irrupción en la vida literaria española y dada la sostenida vigencia media de su obra, así como el tiempo transcurrido desde su muerte —este año de 1999 conmemoramos el sexagésimo aniversario de la misma—, resulta difícil decir algo que el lector ya no sepa al hablar de su trayectoria vital y poética. Por esta razón, más que repetir lo conocido sobre la etapa soriana de su vida y el fuerte impacto que le causa Castilla a partir de 1907, lo que le provoca ciertamente una apretada gavilla de nuevos e intensos poemas⁷, me limitaré a ofrecer un breve comentario del contenido de la edición que hoy rescatamos. Pues bien, el libro contiene los poemas «Retrato»; «A orillas del Duero», publicado antes con el título de, precisamente, «Campos de

descuida o abandona, la pierde, aunque sepa morir. Sabemos que no es patria el suelo que se pisa, sino el suelo que se labra; que no basta vivir sobre él, sino para él: que allí donde no existe huella del esfuerzo humano no hay patria, ni siquiera región, sino una tierra estéril, que tanto puede ser nuestra como de los buitres o de las águilas que sobre ella se ciernen ¿Llamaréis patria a los calcáreos montes, hoy desnudos y antaño cubiertos de espesos bosques, que rodean esta vieja y noble ciudad? Eso es un pedazo de planeta por donde los hombres han pasado, no para hacer patria, sino para deshacerla. No sois patriotas pensando que algún día sabréis morir para defender esos pelados cascotes; lo seréis acudiendo con el árbol o con la semilla, con la reja del arado o con el pico del minero a esos parajes sombríos y desolados donde la patria está por hacer».

⁷ El propio poeta ya dio cuenta de esta etapa soriana de su vida y de su libro *Campos de Castilla* en, entre otros escritos, el prólogo que le pusiera a este libro en su inclusión en las *Poesías escogidas*, también de 1917, editadas por la madrileña editorial Calleja. Pues bien, allí deja escrito: «En un tercer volumen publiqué mi segundo libro, *Campos de Castilla* (1912). Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada —allí me casé, allí perdía a mi esposa, a quien adoraba—, orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano. Ya era, además, muy otra mi ideología».

Castilla»⁸; «*Por tierras de España*», poema que, también publicado previamente en dos ocasiones, había sido entregado por Machado con diferente título también, «*Por tierras del Dueño*», lo que viene a subrayar el vínculo que establece entre naturaleza e historia, unificando además lo soriano con lo castellano y lo español⁹; «*El hospicio*»; «*Fantasia iconográfica*», aparecido en 1908 con el título de «*Retrato*» (*La Lectura*, VIII, pág. 383); «*Un criminal*»; «*Amanecer de otoño*», titulado «*Apuntes*» en su publicación previa (*La Lectura*; IX, 1909); «*Noche de verano*»; «*Pascua de Resurrección*», que también fue dado a conocer en *La Lectura* (IX, 1909); la sección Campos de Soria, integrada por nueve poemas; el romance *La tierra de Alvargonzález*¹⁰, con sus cuatro breves poemas introductorios y las partes tituladas «*El sueño*», «*Aquella tarde...*», «*Otros días*», «*Castigo*», «*El viajero*», «*El indiano*», «*La casa*», «*La tierra*» y «*Los asesinos*»; la sección Proverbios y Cantares, con un poema-prólogo y veintiocho poemas de tono reflexivo y sentencioso generalmente breves; la sección Humoradas, integrada por los poemas «*En tren*», «*Consejos*», «*Profesión de fe*» y «*Mi bufón*»; y cerrando el libro los dos poemas «*A don Miguel de Unamuno, por su libro Vida de Don Quijote y Sancho*» y «*A Juan R. Jiménez, por su libro Arias Tristes*» que nutren la sección Elogios y que, según razona Rafael Ferreres en su edición del libro, son anteriores a 1907, aunque todo el libro quede fechado a partir de ese año.

⁸ *La Lectura*, X, 1910, pp. 135-137.

⁹ *La Lectura*, X, 1910, pp. 375-376; *Tierra Soriana*, 12, enero, 1911.

¹⁰ Fue publicado este largo romance en *La Lectura*, XII, 1912, pp. 337-354. La conocida versión en prosa se publicó en París, gracias a Rubén Darío, en *Mundial Magazine*, número 9, enero, 1912, pp. 213-220.

Si, frente a esta edición primera, el lector tiene presente la segunda y restantes de Campos de Castilla, comprobará la importancia de la de 1912, tal como en su día me hizo notar Antonio Sánchez Trigueros, pues no sólo el poeta mantiene el dispositivo o armazón básico del libro desde el principio, sino que al mismo tiempo respeta los textos sin apenas introducir variantes notables, aunque algunas hay¹¹. De igual modo, figuran ya en ella los poemas nucleares de asunto castellano, si bien el poeta enriquecerá voluminosamente su índice de poemas y algunas de sus secciones a partir de 1917 en su fecundo rincón andaluz de Baeza. Así, tras el poema titulado «El hospicio» añadirá seis poesías más -las numeradas en la Poesías completas, CI-CVI- y tras La tierra de Alvar González incluirá fundamentalmente los poemas del ciclo baezano -del CXV al CXXXV-, así como engrosará la sección Proverbios y Cantares con veintiséis nuevos poemas cambiando ligeramente el orden anterior -del XXVII al LIV-; por su parte, la sección Humoradas pierde el poema «En tren», que su autor sitúa ahora tras «Amanecer de otoño» y gana uno -el CXXXVII-; finalmente, la parte última, Elogios, se ve aumentada con doce nuevos textos poéticos -del CXXXIX al CL-, a los que me he referido en la nota cuarta. Por otra parte, el lector notará que en la sección Proverbios y Cantares figura con el número XXIII un poema no recogido en la segunda edición cuyo primer verso es «Eran ayer mis dolores».

¹¹ Las variantes son escasas y afectan sobre todo a palabras sueltas y a la puntuación. Por ejemplo -cito por la paginación de la primera edición-, en la página 54 usa *violas* frente a *violetas* en ediciones posteriores; página 71, *bozo* frente a *sombra*; página 75, *guedijas* frente a *vedijas*; página 86, *cien* frente a *mil*; página 102, *luengos* frente a *largos*; página 103, *candilejo* frente a *candil* y *entrambas* frente a *las dos*; página 107, *luenga* frente a *negra*; página 132, *a poda* frente a *a pico*, entre otras.

En cuanto a las erratas observadas y el normalizado empleo de tildes de su momento, hoy en desuso en algunos aspectos como en la acentuación de palabras monosílabas, conviene tener en cuenta que aquéllas no van a ser corregidas ni éste rectificado, debido a que nuestra edición es facsímil, esto es, una edición que reproduce total y exactamente otra anterior. Por esta razón, me tomo la libertad de advertirle al lector la presencia de las siguientes erratas: página 69, verso 7, donde dice trujeron es trajeron; página 82, verso 6, apuñaban es apuñalan; página 123, verso 8, olas es alas; página 134, verso 11, Miguel es Martín; página 144, verso 4, oscura es obscura; página 191, verso 1, Donquijotesco es donquijotesco; y página 192, verso 9, anima es ánima, entre otras posibles.

Es momento de que el lector pase la página y recorra por sí mismo, tras su encuentro con el poema «Retrato» —poema liminar de vocación autónoma con respecto al resto del poemario, con el que su autor señala un momento fundacional en su poesía y declara/construye aspectos de sus posiciones personales, éticas y estéticas—, estos verbales campos castellanos que conforman una espacialidad poética autónoma, que no es mera ilustración de una realidad exterior, que no duplica una realidad natural, sino que es el resultado del establecimiento de un diálogo con la misma, una espacialidad de naturaleza estética e ideológica, de gran calado crítico, sometida signíco-simbólicamente a un funcionamiento pragmático de acción y comunicación auténticas. Es momento de no detener nuestro contacto con esa suerte de poesía reflexiva, irónica, aforística, de ecos populares, que tanta verdad encierran. Es momento de retomar un libro que ha llenado como pocos en este siglo que ya acaba el paisaje de la mejor cultura española.